

tucional y funcional que corresponda a cada una de las instancias sociales según la naturaleza y fin de cada una de ellas.

VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

FABRO, Cornelio: *Introducción al tomismo*. Ediciones Rialp, Madrid, 1967. 203 páginas.

El autor, académico de las Pontificias Academias Teológicas y de Santo Tomás de Aquino y de las Academias de la Sociedad Filosófica Italiana y de la Sociedad Filosófica de Lovaina, teólogo y filósofo, notable escritor y docente, puede, con verdadero conocimiento de causa y competencia, opinar y escribir sobre el tomismo.

Así lo hace en este libro, que modestamente titula *Breve introducción al tomismo* (original italiano), en el que empieza diciendo que Santo Tomás estuvo destinado por la Providencia a la más extraordinaria obra del pensamiento, la de realizar la síntesis entre fe y razón, entre naturaleza y gracia, distinguiendo sin separarlos, y uniéndolos sin confundirlos esos distintos aspectos. Con esta síntesis armónica abría la posibilidad del desarrollo de la teología como ciencia en sentido estricto (se ha reconocido en la actualidad a Santo Tomás el mérito de haber sido el primero en concebir la teología como «ciencia» en sentido riguroso), en cuanto la reflexión teológica puede, con el auxilio de concepciones racionales apropiadas, hacer explícito lo que antes era sólo implícito (*Sum. Theol.*, II-II, q. 1, a. 7).

La originalidad de la obra de Santo Tomás está—afirma C. Fabro—en el proyecto, audazmente realizado, de manejar los principios del aristotelismo en el clima de la Revelación cristiana. Y precisamente esta reflexión sobre el dogma «secundum vera philosophiae principia» le ha valido a Santo Tomás en todos los tiempos las repulsas de unos y de otros.

Si se hubiesen tenido en cuenta la clara distinción que hace Santo Tomás entre la razón y la fe, entre el orden de la naturaleza y el de la gracia, reservando a cada uno su papel y recibiendo recíproca ayuda; si se hubiesen conocido bien las fuentes del pensamiento tomista, lo cual es muy importante para comprenderle, se hubiesen evitado la mayor parte de las críticas, desde el *Correctorium fratris Thomae*, pasando por la Reforma, el tradicionalismo y ontologismo, el racionalismo y el fideísmo, hasta las que se le hacen en nuestros días desde el neokantismo (Eucken), el racionalismo (L. Rougier), el actualismo antitomista (G. Saitta) y hasta del propio campo católico (H. Hessen), que condenan el proyecto de Santo Tomás de hacer una alianza entre Aristóteles y el Cristianismo, entre la naturaleza y la gracia, entre la razón y la Revelación.

Sin embargo, no se reconocen al tomismo sus aportaciones positivas y sus acercamientos al pensamiento moderno, y aun cuando falta hacer una adecuada confrontación entre el auténtico pensamiento tomista y el pensamiento moderno, tanto respecto a la orientación general de los problemas como a los diversos sistemas surgidos en oposición a la tradición escolástica, no obstante, «en diversas ocasiones se ha intentado un acercamiento en sentido positivo entre Santo Tomás y Kant» (pág. 180), así

como en profundos motivos de la relación entre finito e infinito, causalidad y analogía dentro de la noción de participación, «es donde pueden verse las relaciones entre Santo Tomás y Hegel» (pág. 186). Y hasta la trascendencia teórica del tomismo resulta también del hecho de que «puede tenderse a un acercamiento en perspectiva, incluso en la filosofía del *existencialismo*», que el autor ve en la posición inicial del realismo integral mediante el concepto de «situación» (*In-der Welt-sein* y de Heidegger). Y el acercamiento del tomismo a la *fenomenología* se encuentra en el interior de la metafísica tomista del acto expresada con la doctrina de la analogía del ser, como teoreticidad del problema del ser.

Pero bien entendido—advierte el autor—que en todas esas tentativas se habla de «acercamiento en perspectiva», ya que están fuera de causa la diversidad de los tipos de pensamiento puestos en comparación: el principio sistemático del *a priori* kantiano está en los antípodas de la metafísica tomista del conocimiento; del mismo modo, la dialéctica hegeliana, que toma como punto de partida el principio del *no-ser* de lo finito y anula la distinción de los órdenes predicamental y trascendental, lleva a la negación del concepto de creatura y de libertad personal. Así, es todavía incierta la comparación del tomismo con el existencialismo por la ambigüedad de la filosofía existencialista, pero ya se notan algunas tentativas de acercamiento positivo gracias a la orientación decididamente realista del existencialismo en la prioridad del ser sobre el pensamiento y en la estructura de la libertad personal, en lo que se manifiestan los dos momentos de la trascendencia.

Si la filosofía moderna—dice Cornelio Fabro—ha podido turbar radicalmente la vida espiritual del Occidente, encaminándola por la pendiente del monismo panteísta y después en un auténtico antropologismo ateo, como se atestigua en la filosofía contemporánea (neopositivismo, marxismo, existencialismo...), «se debe sobre todo a la atracción que lleva en sí el "principio del acto" del cual parte el principio de la conciencia como fundamento del ser». La respuesta «puede ser pedida al pensamiento de Santo Tomás».

Señalar la realidad y la forma del encuentro entre el acto tomista del *esse* y el acto moderno de la autoconciencia es la tarea precisa de un tomismo conocedor de su propia fuerza y originalidad, así como de la gravedad de la situación del pensamiento contemporáneo que, por su expulsión definitiva (en sentido positivo y constructivo) de lo sagrado y lo trascendental, no halla ninguna respuesta en la historia de la civilización occidental (pág. 192).

Y es al tomismo, más que a cualquier otra escuela del pensamiento cristiano, «al que corresponde esa misión de unificación de la conciencia humana, de los fragmentos de su devenir histórico, en su estructura teórica universal».

Sin los prejuicios, tan ajenos siempre a una seria especulación científica y filosófica, que han impedido a tantos ver en la síntesis tomista adelantados muchos de los problemas de la ciencia y filosofía moderna y contemporánea, no hubiese extrañado que un día Thering afirmase haber encontrado en Santo Tomás (cuyas obras no conocía) muchos de los prin-

cipios inspiradores de su doctrina teleológica. No se extrañarían de que, conocedores del tomismo y de la filosofía moderna y contemporánea (para enjuiciar una doctrina, positiva o negativamente, es preciso conocerla), vayan poniendo de manifiesto, en servicio a la verdad, lo que no es tan nuevo, como a veces se presenta, de algunos aspectos de la filosofía actual y de lo que ésta es tributaria sin conocerlo y, por supuesto, sin quererlo en muchos casos, de los grandes sistemas agustiniano y tomista.

Que desde el siglo IV y desde el siglo XIII se ha escrito mucho y el mundo ha seguido su marcha, sin duda alguna. Que no todo estaba visto, ni podía estarlo, desde luego. Pero que todo lo nuevo en el tiempo es siempre mejor, no deja de ser un halago a la novedad, con detrimento, en muchas ocasiones, de la verdad. Lo eterno es permanente y, por ello, siempre actual. Y hay mucho perenne en la filosofía «perenne» que no se puede ignorar ni despreciar *a priori*. Y que esa perennidad no está reñida con otras doctrinas con las que, como hace ahora C. Fabro, puede intentarse un acercamiento.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

FOURESTIÉ, Jean: *Les 40.000 heures*. R. Laffont, París, 1965. 246 págs.

Los problemas de la prospección, de la técnica, del maquinismo y de la cibernética (en sus interferencias con el hombre mismo a través de los procesos de socialización y desarrollo comunitario, niveles de vida, etc.) interesan de un modo especial al hombre reflexivo de nuestros días: ahí se juega una baza importante de nuestro futuro común. Sin embargo, los sondeos y diagnósticos en este dominio suelen ser demasiado propicios a las utopías y a los «cuentos de hadas». Por contraste, los libros de Fourestié relativos a estos temas—muchos, traducidos ya al español—suelen ser más equilibrados. La obra que comento aquí (bien montada, como otras del mismo autor, *Maquinismo y bienestar*, *La civilización de 1975*; *La gran esperanza del siglo XX*, etc...) me parece especialmente interesante: por el tema abordado (condiciones de vida para el hombre medio dentro de las generaciones próximas) y por la manera de tratarlo (cómo podemos dirigir y mejorar nosotros mismos los procesos que están en marcha). La obra resulta ser, en definitiva, una especie de balance, resumen y proyección para el futuro, de cuanto Fourestié y otros han venido enseñando sobre este tema en situaciones anteriores similares.

Se calcula que en un futuro próximo cercano, el hombre medio (occidental) trabajará treinta horas por semana, cuarenta semanas por año y treinta y cinco años en su vida: lo que da un total de *cuarenta mil horas* de trabajo por individuo. El tema del libro es precisamente buscar la respuesta a esta pregunta: ¿Qué nuevas condiciones de vida implicará esta situación en comparación con las actuales? Condiciones no sólo económicas (nivel de vida en una civilización de superconsumo) y técnico-profesionales (especialización laboral y automatización; crecimiento del sector terciario «servicios», etc...), sino también demográficas, familiares, religioso-morales y sociológicas en general (vivienda, enseñanza, ocupación del